

EL “DESARROLLO”: DEBATE SOBRE SU CONCEPCIÓN DESDE LA ANTROPOLOGÍA EN LOS PAÍSES DEL TERCER MUNDO

The “development”: debate about its conceiving by anthropology in third world countries

Giovanny DURÁN LÓPEZ

Doctor en Sociedades Americanas de la Universidad Complutense de Madrid.
geovannyduranlopez1@gmail.com

Resumen: La aplicación del modelo de desarrollo capitalista ha reordenado a los diferentes países según la dicotomía *desarrollados-subdesarrollados*, enmarcando a los países del Primer Mundo en la primera categoría y a los del Tercer Mundo en la segunda. De esta forma, el “desarrollo” es entendido como la capacidad de elevar, en forma equilibrada y sostenida, el nivel de vida de un país, de un sector o grupo social. La implementación de estas categorías (países desarrollados y países subdesarrollados), y el avance de los métodos estadísticos que han facilitado la construcción de indicadores sobre la situación social y la distribución económica, a partir de la década de los sesentas del pasado siglo, muestran que en regiones como América Latina, Asia y África, las políticas económicas impuestas a sus países, lejos de contribuir a erradicar la pobreza y la marginalidad social, claramente han extendido y profundizado las inequidades socioeconómicas, ralentizando su crecimiento y ampliando la brecha de niveles de riqueza y condiciones de vida entre los países del norte y los del sur.

Palabras clave: Desarrollo; desarrollados; subdesarrollados; Primer Mundo; Tercer Mundo; Ecofeminismo.

Abstract: The implementation of the Economic model for sustainable development has categorized its participant societies and territories according to the dichotomy developed – underdeveloped, framing the first world countries into the first category and the third world countries in the second one. In this way, the concept of Development is understood as the capacity to improve the general wellbeing of a determined group or society though its implementation in places such as Latin America, Asia or Africa, far from eradicate the poverty and social marginalization, has created the opposite effect. By the Seventies, the failure of those politics was already more evident, making social issues a very important aspect to be considered in the different projects with local communities as promoters of change and originating groups such as *collectives*, whose intention have been the improvement of their wellbeing becoming a very important part of progress itself.

Keywords: Development; First World; Third World; Developed; Underdeveloped; Ecofeminism.

Con la adopción de la modernidad capitalista, el surgimiento del concepto de ‘desarrollo’ ha reconfigurado las antiguas clasificaciones sociales, reordenando y ajustando las diferencias existentes a través de criterios que catalogan a la población mundial y a los distintos territorios del planeta, según la dicotomía *desarrollados-subdesarrollados*. Tal dicotomía, aunque puso de manifiesto, aún más, las asimetrías ya existentes, fue un fenómeno que empezó a concretarse de forma clara cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial. En ese sentido,

(...) la aplicación de un conjunto de políticas de desarrollo en favor de la devastada Europa de la posguerra abrió la posibilidad de pensar también en la cooperación internacional con el recién denominado ‘tercer mundo’ como algo posible y deseable. En un escenario internacional caracterizado por la disputa que enfrentaba a los bloques liderados por los E.E.U.U. y la URSS por la hegemonía mundial, dentro del primero se empezaba a producir esa mezcla entre complejo de culpa por la explotación de los países subdesarrollados y el temor a que se expanda entre ellos el comunismo. Esto motivó a una mayor preocupación porque las desigualdades sociales y económicas no se siguieran incrementando (ÁVILA, 2000: 415).

Desde el punto de vista socioeconómico, el “desarrollo” es entendido como la capacidad que se tiene para elevar el nivel de vida, en todos sus aspectos, de un grupo de personas, una o varias sociedades, teniendo como referente los procesos y modelos en que los países desarrollados de occidente lo lograron. Sin embargo, al analizar su aplicación en los distintos países en que se ha tratado de introducir, es evidente que este modelo ha perdido credibilidad porque no ha alcanzado los objetivos y metas propuestos, debido a la aplicación uniforme de un mismo modelo genérico para diversas sociedades con evolución histórica, idiosincrasia, características, condiciones estructurales y realidades e intereses socioeconómicos distintos.

Dentro de este contexto, una dificultad en la búsqueda del desarrollo ha sido plantear objetivos y metas basados en las realidades socioeconómicas, culturales, políticas y ecológicas, propias de las sociedades beneficiarias. Así, la pobreza se ha analizado de forma equívoca, asociándola, en muchas ocasiones, con la carencia de ciertos valores motivaciones y capacidades, por lo general, tomados de la cultura capitalista dominante. De esta forma, al tenerse una visión unilineal y exclusivista del desarrollo, consistente en la necesidad de introducir los elementos supuestamente faltantes en una determinada comunidad, se han llegado a aplicar idénticas fórmulas desarrollistas en sociedades con culturas sustancialmente diferentes.

La relación entre el desarrollo, visto como un mejoramiento de la calidad de vida, y la economía moderna, entendida como un sistema industrial y capitalista, es cada día más insostenible, dado que históricamente y a través de diversos estudios etnográficos se ha demostrado irremediamente que el proceso de modernización aplicado en los últimos decenios en la casi totalidad del Tercer Mundo, no sólo no ha conseguido eliminar la pobreza y la marginación social, sino que las ha extendido hasta alcanzar enormes magnitudes.

Ante el panorama de diferencias con que la antropología los confronta, los nuevos órdenes de cuño europeo no pueden por menos que admitir una cierta inestabilidad en sus fundamentos, por más que se esfuercen en eliminar o domesticar a los fantasmas de la alteridad (ESCOBAR, 1999: 42).

La antropología es una disciplina que desde su origen ha estado históricamente unida al dominio de la cultura occidental, de la misma forma que lo ha hecho el movimiento desarrollista que se ha intentado implementar en la mayoría de las sociedades catalogadas como subdesarrolladas. El concepto dominante de desarrollo se consolidó con el indiscutible liderazgo de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. El proceso que, desde entonces, se ha intentado imponer en la mayor parte de Asia, África y América Latina, supone condiciones que han caracterizado a las naciones de desarrollo capitalista avanzado, esto es, alta tasa de urbanización y de educación, industrialización, tecnificación de la agricultura y adopción de los principios y valores de la modernidad. Andreu Viola sintetiza de forma clara las intenciones del proyecto desarrollista en las naciones del Tercer Mundo y, afirma que,

En general, las definiciones usuales de desarrollo suelen recoger –y a menudo confundir– por lo menos dos connotaciones diferentes: por una parte, el proceso histórico de transición hacia una economía moderna, industrial y capitalista; la otra, en cambio, identifica el desarrollo con el aumento de la calidad de vida, la erradicación de la pobreza, y la consecución de mejores indicadores de bienestar material (VIOLA, 2000: 10).

La clasificación planteada en la ideología desarrollista denota cómo las representaciones e iniciativas de este movimiento están fundamentadas en relaciones de poder extremadamente desiguales y ligadas al actual modelo de dominación global del capitalismo globalizado. De esta forma, se puede apreciar como las fuerzas del desarrollismo han logrado hacer invisibles y comunes las relaciones asimétricas de poder, pudiendo, de paso, adaptar y naturalizar la preocupante situación actual del planeta, creando una especie de mito con una profunda eficacia simbólica.

El desarrollo lleva en sí el reconocimiento y la negación de la diferencia, debido a que los niveles y condiciones de vida de los habitantes del Tercer Mundo no son iguales a los del Primero, pero, a través de las diversas estrategias desarrollistas propuestas por los centros internacionales de poder, se espera que tal diferencia sea eliminada. Sin embargo, el hecho de que esta dinámica se repita una y otra vez a partir de proyectos e intervenciones, y que estos no surtan el efecto esperado, es la clara prueba del fracaso de la imposición de ese modelo en el mundo y el escenario en el cual se ha construido una nueva tendencia de la antropología contemporánea.

El desarrollo en el Tercer Mundo se entiende como aplicación de una modernidad supuestamente alcanzada por el Primer Mundo en tiempos pasados. También actúa como una máquina homogeneizadora para unificar a vastos grupos poblacionales bajo el título de subdesarrollados o tercermundistas (QUINTERO, 2012: 134). En realidad...

(...) se trata de un concepto que es una construcción social e histórica plagada de asunciones acerca de la inferioridad (atraso, subdesarrollo) de los 'otros' (y 'otras') que aparecen como objetos a desarrollar gracias a la superioridad de las técnicas y conocimientos de Occidente (GIMENO, 1999: 24).

De acuerdo con estos criterios, para alcanzar los mismos niveles de vida de Occidente y revertir la situación de atraso que los ha caracterizado, los países del norte le han impuesto a los del sur la idea de una orientación económica específica, que sólo es posible obtener aceptando la cooperación externa, la cual se vería representada por instituciones sujetas a los intereses de los países dominantes, tales como el Fondo Monetario Internacional, FMI, y el Banco Mundial, BM, entre otras.

Dentro de este contexto, es necesario precisar que la visión desarrollista, basada en la búsqueda utilitaria de ganancias, plantea que los países del Tercer Mundo, por lo general pródigos en riquezas naturales, carecen de recursos, tanto económicos como tecnológicos y humanos calificados (que suministraría el desarrollo capitalista), para efectuar la explotación de sus territorios, de acuerdo a parámetros y procedimientos tecnológicos impuestos por el capitalismo transnacional, que maliciosamente intentan

desconocer las nefastas repercusiones ecológicas y socioeconómicas que históricamente han producido a lo ancho y largo de todo el planeta.

A partir de estos hechos, la figura del desarrollo ha estado ligada, desde un comienzo, a la necesidad de contar con la ayuda internacional, al tiempo que ha planteado como objetivo primario nivelar las condiciones de vida de los países tercermundistas con las del Primer Mundo, siguiendo el camino que estos últimos recorrieron y que los ha llevado a su privilegiada situación actual. La forma como se intenta medir este avance a través de los años ha sido por medio de indicadores cuantitativos directamente asociados a la riqueza de los países dominantes.

Es indudable que el desarrollo, considerado como un enorme y poderoso conjunto de ideas que ha guiado el pensamiento y la acción por todo el mundo en el siglo XX, constituye un ‘encuentro colonial’ por el que el Norte trata de sacar ventajas de sus relaciones con el Sur (GIMENO, 1999: 24).

Con estos antecedentes, diferentes pensadores del área social han evaluado con distinto signo este desenvolvimiento histórico. Las evaluaciones negativas ven en esta actuación una clara muestra de neo-imperialismo, o una nueva versión del colonialismo, donde los países del norte continúan ejerciendo su dominio político y económico sobre los países del sur. Las evaluaciones positivas afirman que no se debe ver este tipo de ayuda con fines netamente explotadores, ya que los proyectos implementados en esas zonas, ante todo, han sido elaborados con buenas intenciones y con el fin de lograr un cambio para mejorar sus condiciones de vida.

Aunque el discurso del desarrollo debe constituir una amplia visión del mundo que reconozca una historia común de la humanidad y de las relaciones entre el hombre y la naturaleza, y también asuma un modelo único de sociedad, respetando y acogiendo las peculiaridades de la diversidad cultural de los diferentes pueblos, pero al mismo tiempo reconociendo y considerando como universalmente válido la identidad de la naturaleza humana, la realidad muestra que esta visión, atribuida a gran parte de Asia, África y América Latina, no ha sido lo suficientemente persuasiva o difundida. No ha contado tampoco con la fuerza política necesaria para impulsar la construcción de una estrategia o modelos específicos para resarcir los ya críticos deterioros de la naturaleza y de las sociedades, dejando al descubierto la incapacidad de los organismos que dictan las políticas y construyen el conocimiento especializado, para solventar situaciones que conduzcan a una sostenida mejora de lo social y de la naturaleza.

Esta idea se ha visto respaldada con informes que se han elaborado a partir de la década del setenta. En ellos se muestra, desde el punto de vista de la naturaleza la creciente desertización de África, la deforestación de los bosques tropicales, la contaminación de los océanos y de las fuentes continentales de agua, la polución ambiental, la desarticulación del régimen de lluvias, y el crecimiento del nivel de las aguas marinas que amenazan a las tierras ribereñas. Todo esto dentro del ‘calentamiento global’ y su tozuda negación del fenómeno por la mayor potencia política, económica y militar del mundo; y desde el aspecto social, el incontrolado crecimiento demográfico, la exclusión y marginamiento de amplios grupos poblacionales, la inequidad distributiva del producto económico y la polarización entre una riqueza altamente concentrada y la pobreza ampliamente extendida; contribuyendo a ensombrecer la idea de progreso, y anunciando, de paso, un futuro menos idílico para la humanidad.

Aunque es bien conocido el papel protagonista que ha desempeñado la teoría económica clásica del capitalismo liberal en la configuración del desarrollo y la difusión, a escala mundial, de la economía de mercado, este hecho ha supuesto

(...) un notable reduccionismo, al identificar la realidad con un número muy reducido de variables cuantificables, ignorando todo aquello (desigualdad social, ecológica, diversidad cultural, discriminación de género) que queda fuera de la contabilidad. El eurocentrismo, por su parte, es otro rasgo inherente del discurso del desarrollo, que desde sus orígenes ha usado el modelo occidental de sociedad como parámetro universal para medir el relativo atraso o progreso de los demás pueblos del planeta” (VIOLA, 2000: 11-12).

El fracaso de los enfoques de orientación exclusivamente económica empezó a reevaluarse a partir de principios de la década del setenta, incluyendo aspectos sociales y culturales del desarrollo, brindándole, de esta forma, nuevas oportunidades a la antropología. Desde el momento en que las distintas sociedades se vieron expuestas al proceso modernizador, surgieron nuevas problemáticas que requirieron profesionales capaces de relacionar, de forma armónica, la cultura con el desarrollo, dando origen a una nueva disciplina especializada: “la antropología del desarrollo”.

Los años setenta, históricamente, fueron muy importantes. A mediados de esa década, la transformación que se dio en el curso del desarrollo fue bastante significativa: los factores sociales y culturales pasaron a un primer plano en los planes de desarrollo que se implementaron a continuación. Este cambio de enfoque se produjo después de obtener resultados casi nulos mediante las intervenciones precedentes, basadas en inyecciones masivas de capital y tecnología; por lo cual, el Banco Mundial, en 1973, adoptó una serie de medidas orientadas directamente a combatir el problema de la pobreza. Otras instituciones involucradas en el tema del desarrollo, como la Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos (US. AID), y algunas oficinas de la ONU, se acogieron a estas nuevas políticas (ESCOBAR, 1999: 47).

La antropología, a través de una nueva vertiente, “la antropología del desarrollo”, se ha inclinado más por la vía práctica y ha analizado directamente el fracaso de proyectos con perfil economicista, proponiendo, a su vez, medidas que permitieran alcanzar objetivos sociales teniendo en cuenta lo cultural. La principal crítica de esta corriente (la antropología del desarrollo), dirigida a los técnicos economicistas señala que ellos desconocen las verdaderas condiciones y necesidades de las comunidades donde se han efectuado las intervenciones desarrollistas. Es por eso que...

En los años ochenta, el reconocimiento del relativo fracaso de los proyectos estatales y de las agencias internacionales y la desconfianza de la planificación central, ha producido un cambio de enfoque. Se reivindica ahora el desarrollo local y la necesidad de poner a ‘la gente primero’ (GIMENO, 1999: 20).

Al descubrir esta falencia en la aplicación de los proyectos en aquellas comunidades donde se pretendía lograr una mejora en su calidad de vida, se impulsó la idea de que los grupos pobres debían tener un papel protagónico en los proyectos para obtener un resultado positivo. Fue así como se le dio prioridad a la gente “común”, ideando proyectos que, para tener contenidos sociales y culturales adecuados, debían contar con sus beneficiarios directos. Esta nueva inclinación hizo imperiosa la necesidad de contar con la ayuda de científicos sociales que sirviesen de brújula a los diferentes especialistas (ingenieros, economistas, políticos, etc.) en dicho proceso.

Con el proceso de institucionalización de la antropología como disciplina dirigida a complementar el desarrollo, a partir de los años setenta, se notó un claro aumento del número de investigaciones relacionadas con este tema. El compromiso que los antropólogos han adquirido en este sistema de intervenciones consiste en diseñar programas que funcionen y articulen adecuadamente con la comunidad, prevaleciendo el aspecto cultural de la misma. De otra parte, es fundamental la formulación de evaluaciones que proporcionen indicadores verdaderos de los resultados de los programas que se llevan a cabo, aparte del reconocimiento de datos primarios que permiten crear nuevos planes de trabajo y tomar nuevas decisiones. Sin embargo, los antropólogos consideran que su actuación va mucho más allá de estas tareas concretas, ya que, ante todo, justifican su papel en la capacidad de ofrecer análisis detallados de la organización social que circunscribe los proyectos, para lo cual es imprescindible el trabajo de campo. Son esas razones las que han conseguido ser tenidos en cuenta en el desarrollo de investigaciones con plazos más amplios.

Es así, como hubo una demanda de antropólogos sin precedentes y muchos de ellos empezaron a trabajar en organizaciones para el desarrollo, en las cuales ejercieron la tarea de interlocutores entre las agencias internacionales y las comunidades a donde llegaban los programas de intervención. Otro factor que ha incidido en el crecimiento de la antropología en este campo es la tendencia progresiva hacia la especialización interna de la misma; se evidencia una progresiva consolidación de campos temáticos relacionados con el desarrollo, como la ecología política, los estudios de género y la antropología de la salud. Escobar recuerda que

(...) la plantilla dedicada a Ciencias Sociales creció desde un solitario primer antropólogo contratado en 1974 a los cerca de sesenta que hay en la actualidad. Además, cientos de antropólogos y otros científicos sociales de países desarrollados y en vías de desarrollo son contratados cada año como consultores externos para proyectos puntuales” (ESCOBAR, 1999: 47).

Los antropólogos para el desarrollo, con su labor, sentaron el precedente para crear una base institucional implementada en varios países de Europa y América del Norte. Dos ejemplos claros de lo anterior han sido la creación en el Reino Unido del “Comité de Antropología para el Desarrollo”, en 1997, y el origen del “Instituto de Antropología para el Desarrollo”, en 1976, en Nueva York, con los cuales se ha pretendido favorecer la implicación de la antropología en los países del Tercer Mundo. Todo esto ha logrado que la formación de licenciados en antropología para el desarrollo vaya en continuo aumento, principalmente en Estados Unidos e Inglaterra, pero esto no significa que actualmente el número de estos científicos ya sea suficiente para la cantidad de trabajo que queda por hacer en los países que lo necesitan. A partir de la década del ochenta el panorama mundial cambió aún más. La certeza de que no existe una homogenización social, el fin del colonialismo y el florecimiento de nuevos medios de comunicación son hechos que hicieron emerger a grupos y asociaciones que hasta entonces estaban reducidos al anonimato. Ya desde la década de los setenta, cuando se intensificaron las críticas públicas al *imperialismo norteamericano*, surgió la concepción de las desigualdades de género y salió a flote la discriminación que, por siglos, han sufrido las minorías étnicas del planeta.

La crisis que ha afrontado la actividad desarrollista en los países del Tercer Mundo se debe principalmente a que no existe una verdadera representación de las disciplinas involucradas en este proceso, lo cual ha conducido, a su vez, al replanteamiento general que se tiene del concepto de desarrollo, donde lo más importante es que las minorías sean actores protagónicos de la intervención efectuada en sus territorios y que se tenga en cuenta, de forma prioritaria, su experiencia y su relación con el medio en el cual se han desenvuelto a lo largo de su existencia.

En el transcurso de los años noventa, a raíz de los múltiples y estruendosos fracasos que tuvieron los proyectos desarrollistas implementados en la gran mayoría de países del Tercer Mundo, empezó a evolucionar una comunidad de especialistas que logró

unificar una gran cantidad de estudios teóricos y prácticos sobre el desarrollo y sus políticas. Esa comunidad es conocida actualmente como antropología del desarrollo (QUINTERO, 2012: 132).

Con el paso de los años, se han intentado utilizar herramientas para realizar de forma óptima los proyectos implementados. Una de ellas ha sido asociar la antropología del desarrollo, vista esta como un cuerpo teórico, con el post-estructuralismo (ESCOBAR, 1999: 50-51). En contraposición con otras corrientes de pensamiento como la liberal, que basa sus teorías en el mercado y en el individuo, o la marxista, que se fundamenta en la producción, el post-estructuralismo pone el énfasis en el papel del lenguaje y del significado en la construcción de la realidad social. Según esta corriente, el lenguaje y el significado no son un reflejo de esa realidad, sino que son la realidad misma, porque es a través de ellos que se construye la realidad social.

En este sentido, el post-estructuralismo está encaminado a examinar los fundamentos sobre los que se ha construido el desarrollo y su objetivo ha sido el de desestabilizar esas bases con el fin de modificar el orden social que regula el proceso que se adelanta en las distintas sociedades en que se ha aplicado. Así, desde esta perspectiva, se proporcionan nuevas herramientas para llevar a cabo una tarea que ha sido el centro de la antropología: convertir en extraño lo que siempre ha sido familiar. Para lograr su cometido, aquellos autores comprometidos con esta tarea intentaron convertir el lenguaje tradicional del desarrollo — mercado, población, participación, ambiente, planificación, entre otros— en un lenguaje contaminado.

De otra parte, con el ascenso del postmodernismo se ha criticado la visión aplicada históricamente a las distintas investigaciones que ven al sujeto nativo como un “otro” exótico. El indígena, el negro o el asiático pertenecen a la esfera de lo que se quiere analizar y posteriormente desarrollar; entre tanto, el occidental es visto como el artífice de dicho estudio y el encargado de encaminar por la vía del desarrollo a ese individuo. En consecuencia, *El proyecto postmoderno busca realizar una antropología de la modernidad que incluye un análisis antropológico de la propia antropología* (GIMENO, 1999: 21).

Las críticas que han surgido con el paso de los años han hecho que el desarrollo se vaya replanteando, pero en este proceso han brotado nuevos debates que tienen como fin último hacer más efectiva su actuación en los diferentes escenarios donde se ha pretendido implementar. Es por eso que se ha buscado establecer un nuevo campo de relaciones entre las ideas que surgen, las instituciones que las aplican y la forma como se lleva a cabo. Sin embargo, en esta tarea, el ejercicio de las disciplinas científicas se ve evaluado negativamente, dado que se presentan como espacios de conocimiento neutrales, dedicadas exclusivamente a demarcar las poblaciones de estudio (indígenas, mujeres cabeza de familia, campesinos, etc.), reforzando así, las estructuras de poder que han caracterizado las relaciones entre los desarrollados y subdesarrollados. Los nuevos conceptos que han surgido en los últimos años (progreso, igualdad, modernidad, desarrollo) son el antifaz con el cual se cubren las verdaderas relaciones de dominación de los países del sur por parte de los de norte. Para los seguidores de esta idea, es una versión moderna de colonialismo, que debe desaparecer totalmente y así dar paso a una nueva vertiente denominada postdesarrollo, que no necesariamente significa desandar el camino recorrido por el desarrollo, como lo piensan sus defensores, por el contrario, de lo que se trata es de escapar de la connotación negativa que han dejado esos términos por no haber sido realizables. Todo esto se puede conseguir con un enorme esfuerzo de imaginación conceptual donde se pretende que las disciplinas científicas de tipo social se involucren directamente en los proyectos encaminados a mejorar la calidad de vida de las poblaciones que lo necesitan.

Otro concepto que debe tenerse en cuenta a la hora de analizar la crítica que ha surgido a lo largo de los últimos años sobre el desarrollo, es el cambio en el enfoque de género, dado que, con la evolución del desarrollo, al mismo tiempo se han elaborado herramientas que presentan efectos diferenciales entre hombres y mujeres. En este sentido,

La primera aparición explícita de las mujeres como población destinataria de proyectos de desarrollo vino asociada al reconocimiento de sus funciones y responsabilidades reproductoras y, en particular, a la consideración de las madres de escasos recursos como sector vulnerable. Cuando los planificadores vieron a las mujeres, la primera necesidad de estas que reconocieron fue la relacionada con el cuidado de su prole. Esta mirada es la base del enfoque del bienestar que caracterizó a las políticas de cooperación implementadas durante la Primera Década del Desarrollo, auspiciada por Naciones Unidas (década de los sesenta), en el marco de un modelo de desarrollo que priorizaba el crecimiento acelerado del producto nacional (MURGUIALDAY, 2012: 287).

Las corrientes feministas que han dado cuenta de la situación real de las mujeres hacen énfasis en que las instituciones del desarrollo se refieran al papel que desempeñan en la sociedad las mujeres del Tercer Mundo como un hecho natural, reduciendo de esta forma su dinamismo y creatividad a la simple lucha por la sobrevivencia en una situación de pobreza que se acentúa con la crisis económica reinante en el mundo entero. Así, a partir de este diagnóstico limitado y errado de su verdadero papel en la sociedad, se llegan a implementar estrategias de acción que las excluyen de la dinámica social y, por supuesto, pasan por alto sus necesidades e intereses.

El ecofeminismo ha sido la corriente encargada de revelar la forma como han sido excluidas las mujeres del panorama económico y social, principalmente, y toma como alternativa radical, el abandono del desarrollo. Para defender su tesis, sostiene que, a lo largo de la historia, la mujer se ha encontrado subordinada dentro de un sistema patriarcal, característico de la cultura occidental, e impuesto por esta a las demás culturas. En esta imposición, otras dimensiones de su vida y su cultura se han visto alteradas, porque se ha sobrepuesto el conocimiento científico y tecnológico al conocimiento tradicional y local. En este escenario, el aporte de la mujer a su sociedad y su propia cultura es ignorado. No se tiene en cuenta el importante papel que juega en la

economía ni la intercesión que efectúa para lograr, o tratar de lograr, una relación armónica entre su grupo y el medio en el cual éste se desenvuelve. *Si tuviéramos que definir con una palabra el rol asignado a la mujer en los programas de desarrollo hasta la década de los setenta, esta debería ser, sin duda, 'invisibilidad'* (VIOLA, 2000: 34).

En efecto, hasta mediados de la década de los setenta, el papel de la mujer en la sociedad era totalmente nulo, y el desconocimiento de su importancia se hace latente en la construcción de los indicadores macroeconómicos, como el PIB, que no ha tenido en cuenta el trabajo femenino en la economía informal, mucho menos en la formal, o en las actividades de autoconsumo, siendo, todas estas labores, aún importantes, en los países del Tercer Mundo. Otro elemento que favorece esta situación es el concepto de *'cabeza de familia'*, donde implícitamente se hace referencia al hombre, que desplaza el papel de la mujer, sólo a la esfera de trabajo doméstico, y niega así el aporte de esta última a la subsistencia familiar. Esto se considera un gran error, si se tiene en cuenta, que, para ese entonces, una tercera parte de las unidades familiares del planeta estaban encabezadas por una mujer sin apoyo alguno del hombre (VIOLA, 2000: 35).

Es por eso que se plantea, desde la perspectiva del ecofeminismo, como solución más efectiva, el regreso a una economía de subsistencia, autónoma, descentralizada y autosuficiente, que se rija ante todo en las relaciones humanas. En esta corriente, el conocimiento científico es visto como uno de los principales defensores del capitalismo, que ignora y desprecia el conocimiento local de minorías como indígenas, campesinos y mujeres. *La antropología del género comparte con otras corrientes críticas el convencimiento de la necesidad de descolonizar la antropología en sus asunciones, conceptos y prácticas* (GIMENO, 1999: 22).

La participación de las mujeres ha empezado a tener reconocimiento a partir de los años ochenta, aunque la forma en que se lleva a cabo continúa siendo objeto de controversia. Se debe, en parte, al auge de estudios de género que han rebatido muchas de las teorías y prácticas llevadas a cabo por instituciones de desarrollo. Es importante recordar que, en ese período, los movimientos de mujeres adquirieron un protagonismo social y político, nunca antes visto en América Latina, con el fin de forzar la democratización de sus países, denunciar las constantes violaciones a los derechos humanos y protestar contra las políticas económicas neoliberales. Así mismo, en esos años, se dio una progresiva feminización con la aplicación de los programas de ajuste impulsados por el FMI, entidad que ha visto cómo a partir de los setenta creció rápidamente la proporción de hogares de bajos ingresos que tienen como cabeza de familia a una mujer, y cómo estos hogares han mostrado un creciente deterioro de su calidad de vida, como consecuencia de la pérdida de poder adquisitivo provocada por el desempleo, la caída de los salarios y la eliminación de subsidios establecidos para morigerar la inequidad distributiva prevaleciente en los países tercermundistas.

En la década del noventa surge un conjunto de enfoques alternativos al modelo de desarrollo en lo que respecta a políticas de género, influenciados por la nueva concepción de la mujer propuestos en la estrategia "Mujer en Desarrollo" (MED). Esta nueva perspectiva se encuentra basada "...en las experiencias y reflexiones de grupos feministas de América Latina, África y Asia, a los que Murguialday denomina 'Miradas desde el sur'. Es el caso de la estrategia Género en el desarrollo (GED), desde la cual se hace hincapié en las consecuencias políticas del género y se otorga un lugar central a la noción de empoderamiento, central en el diseño de políticas de cooperación y formas de medición de la mayoría de las instituciones internacionales de desarrollo. Desde este enfoque se rechaza la universalidad de la categoría 'mujer' y se propone observar a las mujeres en el contexto de una estructura que crea diferencias entre ellas en función de su pertenencia étnica, racial, de clase y de edad" (PÉREZ, 2012: 27).

De otra parte, no sólo el ecofeminismo ha producido críticas a la actual postmodernidad. Desde la economía política se han generado posturas alternativas que hacen caer en cuenta de los vacíos y errores en los que se ha incurrido al intentar gestionar solo por la vía del desarrollo económico la situación de las sociedades menos favorecidas. Una de las principales censuras está encaminada a hacer ver que el postmodernismo se centra menos en las realidades existentes y más en la representación de dicha realidad, lo cual se hace más palpable cuando lo analizado se plasma en documentos donde se terminan diluyendo los contenidos y análisis de la realidad objetiva. Quizá, una de las repercusiones más fuertes de lo anterior está en que los colectivos muchas veces se han manifestado de forma adecuada y sus voces han sabido manifestar la dura crisis que atraviesan, pero cuando toda esa realidad es plasmada en documentos con el fin de solucionarla, los burócratas encargados de efectuar esta tarea no la ejecutan correctamente y no se logra su verdadero cometido. Es así como los colectivos minoritarios han decidido crear organizaciones de carácter político, sujetas a la misma forma de actuación de tipo occidental, con el fin de tener la representación adecuada en los foros y reuniones de carácter internacional donde se discuten las vías que debe tomar el desarrollo. La situación de abandono por parte del Estado ha incidido en la politización de las minorías étnicas y de las mujeres, principalmente, con el fin de que sean ellos mismos quienes escriban su propia experiencia, y de paso, dicten las directrices y estrategias en los proyectos en los cuales se vean directamente involucrados.

Antes de la década del ochenta, la actitud de la gran mayoría de las minorías étnicas era la de una constante búsqueda de aislamiento, de mantener un ostracismo con respecto al mundo occidental, pero ese pensamiento se ha ido transformando en otro que exige mejoras en sus condiciones de vida. Las minorías actualmente no rechazan el progreso; al contrario, buscan formar parte de él y reclaman formar parte de la historia y del desarrollo.

Con todo lo anterior, es de suponer que la crítica de la economía política al sistema desarrollista implantado en los países del Tercer Mundo ha tenido repercusiones positivas, porque ha obligado a las instituciones intermediarias en este proceso, a que se centren en los problemas y necesidades reales de la vida real de esas personas. Al mismo tiempo, se ha elaborado una autocrítica dentro de esta corriente, donde se requiere que se deje de lado la posición tajante que ha caracterizado a la economía política

consistente en ver la historia de Occidente como una historia lineal, con unos estadios evolutivos generales, considerados universales y, por lo tanto, cobijan a toda la humanidad. Es necesario dar cabida a la construcción de una historia en la que predomine la diversidad de las culturas donde, en su contacto con las culturas del Primer Mundo, logren construirse mutuamente.

Sin embargo, desde esta perspectiva se aconseja tener cuidado a la hora de construir y entender dichas historias, dado que, aunque muchos procesos que se adelantan están ligados a los centros de poder económico, cultural y político, existen algunos aspectos de las comunidades que no pueden ser explicados en términos de centro-periferia. Es importante, aunque no siempre es fundamental, contextualizar a una determinada población en un espacio más amplio, como, por ejemplo, un pueblo indígena o una nación del Tercer Mundo dentro de la cultura de Occidente, pero siempre y cuando ese pueblo o esa nación escriban y marquen las directrices de su propia historia.

Hay que tener presente que cuando los países dominantes o sus organismos financieros hacen referencia al concepto de desarrollo, éste no sólo es un discurso. Fundamentalmente es una sucesión de actos determinantes de políticas económicas y sociales dirigidas a mantener y consolidar el poder y los intereses de grupos hegemónicos en la búsqueda de maximizar sus tasas de ganancias y acelerar sus procesos de acumulación capitalista. Sin embargo, los grupos sociales y comunidades étnicas, frente a la innegable realidad del mundo actual, se ven forzadas a interactuar y a dialogar con los sectores dominantes con el fin de exigir el respeto a su dignidad y a su cultura, procurando la defensa de sus intereses.

En todo este proceso, es de suma relevancia tener en cuenta la forma en que los individuos, grupos y poblaciones se insertan en los diversos proyectos que se adelantan y que les atañen, ya que tal como lo plantea el etnodesarrollo, la defensa de los derechos de las minorías es fundamental para reconocer de hecho y de derecho la condición pluricultural y multiétnica de los estados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁVILA, J. (2000) “Los dilemas del desarrollo: antropología y promoción en el Perú” en: DEGREGORI, C.I. No hay país más diverso. Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico, Centro de Investigación, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, pp. págs. 413-442.
- ESCOBAR, A. (1999). “Antropología y desarrollo” *Maguaré, Revista del Departamento de Antropología* 14. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, pp. 42-73.
- GIMENO MARTÍN, J. C. (1999). “Antropología del desarrollo y economía política” en *Simposio VI: Antropología y Economía Política. Congreso de Antropología. VIII*. Santiago de Compostela, pp. 19-26.
- MURGUIALDAY, C. (2012) “Miradas del desarrollo a las mujeres y las relaciones de género”, en *Antropología y desarrollo. Discurso, prácticas y actores* Los Libros de la Catarata: Madrid, pp. 285-327.
- PÉREZ GALÁN, B. (2012). *Antropología y desarrollo. Discurso, prácticas y actores*. Los Libros de la Catarata: Madrid.
- QUINTERO, P. (2012). “Los estudios antropológicos del desarrollo”. *Revista Científica de Investigaciones Regionales*, 34 (2). Universidad Autónoma de Yucatán: Mérida, pp. 131-154.
- VIOLA, A. (2000). *Antropología del desarrollo. Teorías y estudios etnográficos en América Latina*. Ediciones Paidós Ibérica: Barcelona.